

Discurso pronunciado en la Academia Colombiana de Historia por el señor Mayor General Luis Alberto Rodríguez R.

Como Director de la Escuela Superior de Guerra y como colombiano atento a los valores espirituales del país, recibo con hondo respeto y veneración este homenaje de la Academia Colombiana de Historia al Centro Militar de más alta jerarquía, con motivo del Octogésimo Aniversario de su Fundación.

En esta austera y significativa ceremonia convergen dos ilustres tradiciones: la de este centro del saber y la de aquel centro castrense rector.

Veamos cual es el contenido de cada una:

En primer término, la oferente es la Academia Colombiana de Historia. Es decir: la primera depositaria de nuestro pasado y, por tanto, la que mejor puede esclarecer el futuro nacional.

Son ya muchos los lustros que esta Institución tiene y durante los cuales viene laborando con acierto, perseverancia y discreta solidez en un ambiente muchas veces en donde tantos ignoran su pretérito patrio. Entidades como esta Academia nos devuelven la fe en la intelectualidad colombiana.

Con una fidelidad ejemplar al lema latino "veritas ante omnia", y generación tras generación, en esta casa de la civilización se van decantando los más exquisitos. Exigentes en la investigación y exactos en el juicio. Testimonio de ello son la multitud de obras que esta Academia lleva publicadas, la salvaguardia permanente de nuestras fechas decisivas. Hallarme hoy, con los oficiales, profesores y miembros de los cursos de Altos Estudios Militares y de Estado Mayor, recibiendo un homenaje-evocador de las más nobles costumbres de las Ordenes de Caballeros, es algo que nos llena de orgullo y nos compromete aún más con la misión que nos ha sido encomendada por la Constitución Nacional.

Por otra parte, la recipiendaria del homenaje es la Escuela Superior de Guerra, ya cercana al siglo de su existencia. Por sus claustros se ha ido convirtiendo en doctrina lo que puede llamarse columna vertebral de la confianza de todos los colombianos: la democracia.

Por eso, esta escuela es un bastión democrático en donde se forma la oficialidad directriz de las tres grandes fuerzas: el Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea. Y en tan grave tarea, de manera eficaz, desde siempre ha contribuido la Academia Colombiana de Historia.

Los miembros de esta última han sido conferencistas, profesores invitados de nuestra Escuela Superior de Guerra y, otras veces en la lista de los académicos, de aquella se han incluido distinguidos militares como Miembros Correspondientes y de Número. Así, en cierto modo, este homenaje tiene el carácter de un encuentro con nosotros mismos, unidos en un propósito único: enaltecer nuestro pasado aborigen e hispánico hasta llegar al actual republicanismo porque la grandeza de una nación reside en su altivez para asumir sus orígenes y proyectarse —plenamente— en el porvenir.

Y quien ha sido vínculo hoy, entre estas dos tradiciones de colombianidad: uno de nuestros grandes patricios, quien por familia, cultura y actuaciones nacionales decisivas, pertenece a la historia y quien con su presencia y sus palabras sabientes engrandece esta inolvidable reunión: el señor Presidente Carlos Lleras Restrepo.

Finalmente, gracias le sean dadas al señor General Jaime Durán Pombo que une a sus valiosas condiciones humanas de patriota y militar un amor por nuestra Escuela, nuestra historia y sus grandes figuras lo cual lo convierten en un colombiano ejemplar en la gran tradición de don José Hilario López. A él que fue director de nuestra Escuela y como miembro de esta Academia vaya nuestro agradecimiento.

Que un acto como el presente, sirva también para que algunos recapaciten y piensen que Colombia no está definitivamente perdida y que en muchos alienta un patriotismo, indestructible fundamento en Dios y su religión católica —baluarte de nuestra comunidad nacional—.

Señor doctor Arciniegas:

Deseo hacer entrega a esta casa de nuestro escudo como un recuerdo de este solemne acto.

Gracias.